

FIESTA DE SAN JUAN BAUTISTA

Patrón de la Archidiócesis
(Catedral Metropolitana de Badajoz, 24 de junio de 2026)

Sr. Deán y miembros del Cabildo catedralicio, Sres. Vicarios General y de Evangelización, Vicarios episcopales, y demás sacerdotes, Autoridades civiles y militares, queridos hermanos y hermanas, también los que nos seguís por los medios de comunicación de este arzobispado: ¡El Señor os dé la paz!

Celebramos hoy con gozo la solemnidad del nacimiento de San Juan Bautista, la celebración más antigua de un santo en la Iglesia, pues ya se celebra desde el siglo IV. Celebramos al patrono de nuestra Archidiócesis y de la Ciudad de Badajoz. Bajo su protección ponemos nuestra Iglesia particular, con todas sus necesidades, y esta Ciudad que nos acoge y los que la habitan.

Juan el Bautista, el “profeta del Altísimo” y precursor del Señor (Lc 1, 76); el último de los profetas. La memoria litúrgica de San Juan Bautista es del todo particular, pues no solo celebramos su muerte, como ocurre generalmente con los santos, sino también su nacimiento; el nacimiento de aquel del que Jesús mismo dijo: “no ha nacido de mujer otro mayor que Juan el Bautista” (Lc 7, 28). Un nacimiento marcado por la gracia, la sorpresa y el propósito. Hoy celebramos cómo Dios rompe la esterilidad de Zacarías e Isabel para dar luz al Precursor del Señor.

En el relato del su nacimiento, llama la atención la claridad que Isabel y Zacarías tenían de que su hijo era de Dios y tenía una misión más allá que la de ser el primogénito. Si tenemos en cuenta que para los judíos era muy importante dejar descendencia, para Zacarías hubiera sido importante ponerle su nombre y reconocerlo así como su primogénito; pero ellos saben que ese hijo tenía una vocación mucho más importante y por eso obedecen a Dios poniéndole Juan, que significa: *Yahvé le es favorable*(cf. Lc 1, 57-66.30).

Juan, hijo de Zacarías e Isabel, pariente de María, “vino para ser el Precursor de Jesucristo: Vino como testigo, para dar testigo de la luz, para que todos creyeran en él. No era la luz, sino el que había de dar testimonio de la luz”. Así empieza San Juan su evangelio (Jn 1, 7). Juan “fue elegido entre todos los profetas para mostrar a las gentes el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Prefacio).

La vida de Juan estuvo orientada a una única misión: preparar el camino al Señor y señalar su presencia entre nosotros (cf. Jn 1, 6-8. 19-28). La Escritura santa nos presenta un episodio dramático. Juan está en la cárcel porque había denunciado públicamente la conducta de Herodes. No buscaba enfrentamientos ni protagonismo; simplemente no podía callar ante la injusticia y el pecado de Herodes, casado con Herodías, esposa de su hermano (cf. Mc 6, 14ss). Su fidelidad a la verdad le costó la libertad y, finalmente, la vida. Juan se convierte así en testigo de que la verdad tiene un precio, pero también de que vale la pena entregarlo todo por ella. Con su vida y sus palabras Juan dio testimonio de la verdad: sin tener miedo a los que tenían el poder político, sin desviarse por las alabanzas de las multitudes; sin ceder a las continuas presiones de los fariseos. Juan se nos presenta como modelo de fortaleza. San Agustín decía que Juan entregó su vida por la verdad y que, al hacerlo, dio testimonio de Cristo que es la Verdad misma. No murió por defender una idea, sino por permanecer fiel a

Dios. Su sangre derramada anuncia ya la sangre de Cristo, que será derramada para la salvación del mundo.

Si por algo destacó la predicación de Juan Bautista fue porque estaba en perfecta armonía con su vida. "Haced penitencia, decía, porque está cerca el reino de los Cielos". Sus palabras iban siempre acompañadas de su ejemplo, y por eso movían a todos los que lo escuchaban. (En esto se parecía completamente a Jesús).

Los padres de la Iglesia vieron en San Juan bautista no solo un ejemplo de valentía moral, sino sobre todo, una consecuencia de su amor a Cristo. Desde el comienzo de su vida había comprendido que él no era la luz, sino el testigo de la luz. Su gran lema fue: "Es necesario que El crezca y que yo disminuya" (*Jn 3, 30*). "Yo no soy el que vosotros pensáis, pero sabed que después de mi viene Aquél a quien yo no soy digno de desatar las sandalias" (*Hch 13, 25*)

También nosotros estamos llamados a ser discípulos y testigos de Jesús. Tal vez no se nos pida el martirio de sangre, pero sí el martirio cotidiano de la fidelidad: permanecer honestos cuando otros no lo son, defender la dignidad de toda persona, vivir nuestra fe sin complejos, perdonar cuando resulta difícil, servir sin buscar recompensa. Son pequeñas muertes al egoísmo que nos configura con Cristo. Vivimos en una cultura en la que muchas veces resulta más cómodo callar que hablar, adaptarse que mantenerse firmes, buscar la aprobación de los demás que seguir la propia conciencia. San Juan Bautista nos recuerda que la verdad no depende de las modas ni de las mayorías, como nos recordó también recientemente el Papa León. El creyente está llamado a vivir con coherencia, aun cuando ello suponga incomprendiones o sacrificios. Nuestra misión es la de ser testigos de la luz y de la verdad para que la ejerzamos en nuestros ambientes, en nuestros hogares y en nuestros trabajos. El Señor nos sigue diciendo: Preparad los caminos, anunciad a los demás la venida del Reino de Dios. La celebración de nuestro patrono debe llevarnos a aprender de él esa unidad de vida que lo llevó a no condescender con las injusticias.

Que San Juan Bautista, voz que clama en el desierto y mártir de la verdad, nos enseñe la coherencia entre lo que creemos y nuestra conducta, la coherencia entre nuestro modo de vivir y nuestro modo de pensar es la mejor enseñanza que nos deja la vida de San Juan. Y sin ningún tipo de dudas la mejor forma que tenemos de ser testigos de la luz.

Juan el Bautista era la "voz que clamaba en el desierto". Él no era la Palabra, era su voz. Esa Palabra sigue necesitando de "voces" que cumplan su misión y proclamen con sus vidas que Jesucristo es nuestro Señor y vive entre nosotros. De nada sirve considerar a San Juan Bautista nuestro patrono, si luego no estamos dispuestos a ser sus testigos. Pero no olvidemos tampoco que Juan nos invita a poner en el centro a Cristo. El mundo no necesita de nuestras palabras. El mundo de lo que necesita es de su palabra de la cual nosotros no tenemos otro protagonismo que el de ser sus voceros.

Al contemplar hoy a San Juan Bautista pidamos al Señor tres gracias: Valentía para defender la verdad con caridad, la humildad para que Cristo ocupe el centro de nuestra vida, la perseverancia para mantenernos fieles al Evangelio en cualquier circunstancia.

Que san Juan Bautista interceda por nosotros para que nuestra vida señale siempre a Jesucristo y para que, con nuestras palabras y obras, podamos ayudar a otros a encontrarlo. *Fiat, fiat, amen, amen.*